

Presentación

El Atlas de la industrialización de España, 1750-2000 que ofrecemos a la consideración del lector es una obra concebida y realizada con la idea de explicar y plasmar gráficamente el proceso que ha terminado por situar a España entre las quince economías más industrializadas del mundo. Un proceso de largo recorrido, cuyos orígenes remontan, en paralelo, a las primeras fábricas catalanas de aguardiente y a alguna de las manufacturas reales del período ilustrado, para avanzar, en medio de obstáculos, lentitudes y algún retroceso, a lo largo del siglo y medio posterior, explotar, al fin, en la segunda mitad de la década de 1950, y mostrarse consolidado, tras crisis y reconversiones, en los albores del cambio de siglo y de milenio. Consolidado y con señales de declive relativo, cabría añadir, pues, en España igual que en otros países que la precedieron en la carrera, la madurez industrial ha propiciado irremisiblemente otro desarrollo más explosivo aún, el del sector servicios, erigido ya en máximo contribuyente al conjunto del PIB. Considerada como motor de la modernización económica y social, la industrialización española, de eclosión tan reciente, tiene hoy fecha de caducidad. De modo que el año 2000 de nuestro enunciado no es mera concesión a la rotundidad de la fecha, sino hito inequívoco de un auténtico cambio de rumbo. Mirado con la perspectiva que otorga la distancia temporal, el término del segundo milenio se verá –se está viendo ya–, en los países avanzados, como el canto de cisne del sector económico protagonista indiscutido del avance. Entiéndase bien: no se trata de que la Industria vaya a morir (el estallido industrial de los países emergentes está ahí para demostrarlo) sino de que, en los países de vieja industrialización, aquélla ha perdido la voz cantante que es el atributo de todo liderazgo. En este sentido, la cancelación, precisamente en el 2000, del Ministerio de Industria y Energía, tan representativo de los afanes industrialistas del siglo XX, en beneficio de otro nuevo, llamado de “Ciencia y Tecnología”, con el cometido de abrir camino a la “sociedad del conocimiento”, el gran reto de los nuevos tiempos, denota la posesión, por el ejecutivo español, de buenos reflejos.

Un corpus de representaciones gráficas referido a un tema determinado, que en ello se resume la esencia de cualquier atlas (geográfico, histórico... o anatómico), constata más que explica. Por muy expresivas que sean, las imágenes no hablan nunca del todo por sí solas. Necesitan, por el contrario, de explicaciones complementarias, reveladoras del contexto en que se insertan y de la hilación existente entre ellas. De acuerdo con tales ideas, nuestro Atlas no se satisface con una secuencia de mapas y otras representaciones más convencionales, glosadas individualmente, de forma más o menos sintética, típica del género, sino que se ha dotado, además, de un texto escrito, extenso, continuo y unitario que desarrolla el argumento completo e hilvanado de la obra. Sin perjuicio de su identidad propia, individual, una y otra parte forman una unidad, un conjunto articulado. La articulación se ha llevado al extremo de puntear el discurso escrito con la referencia numérica, en los lugares oportunos, de todos y cada uno de los materiales gráficos que le acompañan. De este modo, el lector conoce perfectamente la lógica que preside la inclusión de esos materiales, eliminando cualquier riesgo de descontextualización. Idéntico afán de rigor y transparencia (más razones específicas de comodidad de manejo) ha inspirado, por otra parte, la inclusión, en una carpetilla especial anexa a la obra, de un CD-ROM con toda la información cuantitativa empleada (a menudo, previa revisión y corrección) en la confección de las seiscientos cuarenta piezas, en cifras redondas, que componen la parte ilustrada del Atlas.

Una obra compleja y ambiciosa como la “nuestra” sólo podía salir de la colaboración de un colectivo de autores. Los del presente Atlas suman un total de treinta y cuatro, vinculados a catorce universidades distintas. Buena en sí misma, por la apertura intelectual que supone, esta pluralidad y diversidad entrañaban, sin embargo, el doble riesgo de la dispersión y la incoherencia. Para evitarlo, el trío director, espléndidamente asistido por una coordinadora general, la Dra. Paloma Fernández, profesora titular de la Universi-

dad de Barcelona, y por el técnico de soporte a la investigación, Dr. Raimon Soler, responsable del acopio, sistematización y depuración del material cuantitativo, ha dialogado, revisado y corregido cuando y cuanto ha sido necesario. Suum quique tribuere: atendiendo a la regla de oro del derecho romano, los créditos precisos de cada uno aparecen escrupulosamente consignados en el índice general de la obra.

¿Por qué tanto esfuerzo? En el campo de las ciencias sociales, el interés y la importancia de una obra se miden por la amplitud y variedad de los colectivos sensibles a sus contenidos. Con sencillez, pero también sin falsa modestia, todos los participantes en la elaboración del Atlas de la industrialización de España compartimos la ilusión de llegar a incidir, con él, en los ámbitos de la docencia, la política económica y las decisiones empresariales. El primer objetivo, el uso del producto como instrumento de información y reflexión por parte de profesores y estudiantes universitarios, nos parece obvio, fuera de duda. El segundo, la utilidad de aquél para los responsables de las distintas administraciones públicas, en aras al diseño de políticas de fomento de nuevas industrias y de reconversión de antiguas (unas intervenciones que ni un Estado ultraliberal puede eliminar), tiene su fundamento en el componente acumulativo de los procesos de desarrollo industrial, implícito en el enfoque histórico del Atlas: la implantación de industrias de última hora, altamente intensivas en tecnología, que son las que interesan, se halla condicionada por la estructura sectorial preexistente, por la tradición empresarial y por otros factores ligados a la trayectoria industrial anterior, desde los niveles educativos a los sistemas de comunicación. Por último, los empresarios

encontrarán en el Atlas la prueba más fehaciente del protagonismo de la iniciativa privada en la dilatada marcha de la industrialización española. El denso tejido industrial de la España de hoy se debe básicamente al trabajo esforzado de centenares de miles de empresarios particulares (y “sus” trabajadores), por lo general “pequeños” y autóctonos, que, generación tras generación, contra viento y marea, no han cejado en su empeño por introducir y mantener el país, mediante la industria, en la senda de la modernidad; el reconocimiento por el Atlas de ese mérito ha de renovarles los ánimos para proseguir la tarea.

Un proyecto intelectual no se convierte en producto real, tangible, por arte de encantamiento. Por sus características y por su entidad, el Atlas de la industrialización de España ha exigido unos soportes financieros extraordinarios. Hemos tenido la suerte de encontrarlos. Una “Ayuda para actuaciones de reindustrialización”, concedida por el antiguo Ministerio de Industria y Energía en 1998, nos permitió costear la elaboración y composición gráfica de la obra. La contribución de la Fundación BBVA ha sido fundamental para que esta obra haya podido ver la luz. Esperamos que, a punto de consulta, el libro haga honor a estos patrocinadores y a la prueba de confianza inherente a su patrocinio. Por otras razones (la eficacia, la paciencia y el trato exquisito que siempre nos ha dispensado), hacemos extensivo nuestro reconocimiento a D. Lluís Martí, gerente de Infografía Digital Edició Multimèdia, S.L., de Barcelona, que se ha encargado de dar forma a nuestros originales.

Jordi Nadal